

biombo, contemplo sin cesar unos ojos que me miran, ya negros, ya azules, que turban mi reposo y me siguen por doquier causándome locos terrores; siempre que creo verlos me dan impulsos de gritar y huir.

«Pero es preciso trabajar para vivir. Sonrio, saludo, envío un beso, y á las doce arrojo lejos de mí tan mentirosas galas, para vestir de nuevo mi deslucido traje de percal. ¡Bah! ¡cuántas mujeres, sin verse obligadas á ello, se fingén bellas y coquetas, envueltas entre engañadoras gasas y joyas.»

EL HADA AMOROSA

EL HADA AMOROSA

I.

¿Oyes, querida Ninon, cómo azota la lluvia de Diciembre los cristales de nuestro cuarto? El viento se queja por los largos corredores, en esta horrible noche en que los pobres tiritan á las puertas de los ricos, que templan su frío al compás de los vales, bajo dorados techos. Arroja lejos de ti esos zapatitos de raso, siéntate sobre mis rodillas al lado del templado hogar; quitate tus lujosos adornos y escucha un cuento que voy á contarte, un cuento de hadas.

Ya sabrás, niña mia, que había en otros tiempos, sobre la cumbre de una montaña, un viejo castillo lúgubre y sombrío, rodeado de almenas, torreones y puentes levadizos cargados de cadenas. Unos hombres cubiertos de fuertes armaduras velaban noche y día sobre sus murallas, sin dejar acercarse á la fortaleza más que á los soldados y guerreros, únicos huéspedes admitidos por el Conde de Enguerrand, señor de horca y cuchillo.

Si hubieras visto al viejo guerrero pasearse á lo largo de las galerías, y escuchado el timbre de su voz breve y amenazadora, hubieses temblado de terror como temblaba su sobrina Odetta, piadosa y linda señorita. ¿No has visto por las mañanas abrirse las capuchinas á los primeros besos del sol, entre ortigas y zarzas? Así crecía la joven entre aquellos hombres rudos. Cuando niña, siempre suspendía sus juegos al divisar el fiero rostro de su tío, para echarse á llorar amargamente; entonces, que ya era joven hermosa, su seno se oprimía de un terror más intenso cada vez que aparecía el señor de Enguerrand.

Siempre permanecía encerrada en alejado torreón ocupada en bordar banderas, en elevar á Dios sus plegarias y en contemplar por la ancha ventana la campiña de color esmeralda y el cielo azul. ¡Cuántas noches se arrojaba de su lecho para entretenerse en la contemplación de las estrellas y preguntarles con fraternal cariño, qué clase de sentimientos eran los que agitaban su tierno corazón de diez y seis Abriles! Después de aquellas noches sin sueño, después de aquellas ansias de amor, hubiera deseado poder oprimir en sus brazos al anciano señor; pero una frase seca, una mirada fría la detenían y volvía temblorosa á comenzar su tarea. Compadécela, Ninon; era como una flor fresca y perfumada que ve despreciado su embalsamado brillo.

Un día que la desolada Odetta seguía con la

mirada una pareja de tórtolas que volaba, oyó al pie del castillo una voz dulce, se inclinó sobre el alfeizar de la ventana y vió á un hermoso joven que con sentida canción pedía hospitalidad. Desde la altura no comprendió el sentido de sus frases; pero la dulce voz oprimió su corazón hasta el punto de hacer brotar lágrimas de sus ojos, las cuales, rodando por sus mejillas, cayeron en una ramita de mejorana puesta en su pecho.

El castillo permaneció cerrado, y un hombre de armas gritó desde los muros:

—Retiraos: sólo admitimos guerreros.

Odetta siguió mirando, y tan absorta quedó, que dejó caer la ramita de mejorana húmeda por sus lágrimas á los pies del cantor, el cual levantó los ojos y al ver la rubia cabeceita cogió la rama, la besó y huyó con ella, volviendo de vez en cuando la cabeza.

No bien hubo desaparecido, prosternóse la niña en su reclinatorio y oró largo rato, dando gracias al cielo por la alegría que inundaba su alma sin causa conocida.

Aquella noche tuvo un hermoso sueño. Parecióle ver salir de entre las hojas de la mejorana un hada encantadora con alas de fuego, corona de miosotis y una larga túnica verde, color de esperanza.

—Odetta—dijo con armoniosa voz—soy el hada Amorosa. Yo fui quién encaminé hacia aquí á Lois, el dulce cantor de esta mañana, para ver

si consigo enjugar tus lágrimas. Voy por la tierra uniendo amantes corazones, y del mismo modo visito las chozas que las mansiones señoriales; más de una vez junté el cayado al cetro real. Siembro de flores el camino de mis protegidos, los encadeno con hilos tan brillantes y preciosos que sus corazones se estremecen de placer. Habito en las hierbas del campo, en los calcinados troncos del hogar, en los cortinajes de nupciales lechos, y por doquiera que poso mi planta nacen los besos y las tiernas caricias. No llores más, Odetta; soy Amorosa, el hada benéfica que viene á enjugar tu llanto.

Y al terminar su discurso volvió á encerrarse en el cáliz de la flor, que se hizo capullo al plegar sus hojas.

No ignoras, Ninon mía, que existe el hada Amorosa; mirala revolotear por nuestro hogar, y compadece á las pobres gentes que no creen en el hada benéfica.

Al despertarse Odetta, un rayo del sol iluminó su estancia; el canto de los pájaros llegó hasta ella, y el viento matutino, acariciando sus rubias trenzas, parecía decirle: «espera.» Levantóse alegre y pasó cantando el día, esperando en lo que el hada le dijo, sin dejar de contemplar la campiña, sonriendo á los pajaritos, sintiendo desconocidos deseos no revelados hasta entonces.

Al llegar la noche descendió al salón del castillo, donde cerca del Conde Enguerrand se ha-

llaba un caballero escuchando los relatos del anciano. Cogió la rueca, sentóse ante el hogar, y el huso de marfil giró rápidamente entre sus dedos.

Cuando más absorta parecía hallarse en su labor, dirigió hacia el caballero una mirada, y grande fué su asombro al reconocer en él á Lois el cantor, mostrando en su mano la ramita de mejorana. Un grito de alegría quiso brotar de sus labios; pero consiguió ahogarlo en su garganta y ocultar su rubor inclinándose sobre la débil lumbré que en el hogar quedaba, con el pretexto de arreglarla con las pesadas tenazas de hierro. Chisporroteó la lumbré, cesaron las llamas, y de entre las escapadas chispas, surgió Amorosa, sonriente y apresurada. Sacudió de su traje verde las abrasadas partículas que corrían sobre la seda, semejantes á culebrinas de oro; avanzó hasta la sala y fué á colocarse, invisible para el Conde, detrás de los enamorados jóvenes murmurando á su oído, mientras el viejo narraba un espantoso combate contra los infieles, estas palabras:

—Amaos, hijos míos. Dejad los recuerdos á la vejez austera; dejadla también los largos relatos contados al lado de los ardientes troncos. Que al resplandor de la llama no se mezcle más que el ruido de vuestros besos; ya tendréis tiempo de endulzar vuestras penas al recordar tan dulces horas. Cuando se ama á los veinte años, es inútil la voz; más dice una mirada que un largo dis-

curso. Amaos, hijos míos, dejad hablar á la vejez.

Cubriólos también con sus alas, que el Conde, explicando cómo el gigante Cabeza de Hierro fué derribado por un terrible mandoble del caballero Giraldo de la fuerte espada, no vió á Lois depositar el primer beso sobre la frente de la temblorosa Odetta.

Las alas de mi hada Amorosa eran transparentes como el cristal y menudas como las de un mosquito; pero cuando los dos amantes se hallaban en peligro de ser vistos, hacíanse tan oscuras, tan espesas, que encubrían las miradas, ahogando el ruido de los besos. Así es que el guerrero continuó largo rato su prodigiosa relación, mientras Lois acariciaba á la bella rubia en las barbas del malvado señor feudal.

¡Qué hermosas alas, Dios mío! Muchas jóvenes me han dicho que las encuentran por doquier y gracias á su protección pueden ocultarse á los ojos de sus guardianes. ¿Lo crees tú, Ninon?

Así que el Conde terminó su historia, el hada Amorosa desapareció entre las llamas y Lois se alejó dando gracias al caballero y enviando un último beso á Odetta. La joven durmió tan dichosa, que aquella noche soñó con montañas de flores iluminadas por millares de astros, cada uno mil veces más brillante que el sol.

Bajó á la mañana siguiente al jardín, internándose en las más sombrías calles y allí encon-

tró á un guerrero que la saludó acercándose y oprimiendo en su mano una rama de mejorana bañada en lágrimas, por la cual reconoció otra vez al cantor de la voz dulce, disfrazado de distinto modo. La hizo sentar en un banco cubierto de césped, al lado de una fuente, y mientras se miraban ambos, ébrios de amor, las currucas cantaban aspirando el ambiente que el hada benéfica esparcía á su alrededor. Excuso decirte las frases oídas por las discretas encinas, llenas de placer al contemplar tan largo tiempo unidos á los enamorados, tan largo tiempo que una curruca de un árbol vecino tuvo tiempo de construirse mientras tanto el nido.

De repente los pesados pasos del Conde Enguerrand se dejaron oír en aquel sitio, haciendo temblar á la joven pareja; pero el agua de la fuente brotó más despacio, y saliendo Amorosa de la fresca corriente rodeó á los amantes con sus alas, que se deslizaron en un grupo por delante del viejo, sumamente admirado de oír voces sin encontrar ningún ser humano.

Meciendo á sus protegidos, les repetía en voz baja:

—Soy la que protege los amores, la que cierra los ojos y los oídos de las gentes que no aman. No temáis, bellos amantes; amaos á la luz del día; en los bosques, al borde de las fuentes; por todas partes por donde vayáis, me hallo yo velando por vosotros. Dios me ha enviado á la tie-

rra para que los hombres ajenos á todo sentimiento elevado no turben jamás vuestras puras emociones; me ha dado estas alas diciendo: «Vé, y que los jóvenes corazones se regocijen.» Amaos, yo os protejo.

Y se alejó, humedeciendo sus labios con rocío, su único alimento, arrastrando á Lois y á Odetta en una vertiginosa danza con las manos enlazadas.

¿Quieres saber lo que hizo de los dos amantes? En honor á la verdad, querida mía, no me atrevo á decírtelo. Tengo miedo de que no me creas, ó de que celosa por su fortuna no me quieras devolver ya mis besos. Pero veo que he picado tu curiosidad, y no tengo más remedio que darte gusto.

Sabe que el hada anduvo así hasta la noche, hora en que al querer separar á los amantes, los vió tan tristes, tan tristes por tener que alejarse, que con dolida de su dolor les habló al oído. Algo bueno les diría, porque sus rostros resplandecieron y sus ojos expresaron un gozo inefable; terminó la diosa, consintieron ambos y tocó sus frentes con la varita mágica.

De repente..... ¡Oh! ¡Ninon bella, cómo abres tus asombrados ojos! ¡Cómo golpearías el suelo con tu pequeño pie si no terminara el cuento!

De repente, Lois y Odetta se transformaron en ramas de mejorana, tan bella, que sólo de las manos de un hada pudiera salir otra semejante.

Los dos unidos mezclaron sus hojas y cambiaron eternamente sus perfumes y su rocío.

El Conde Enguerrand se consoló de la pérdida de su sobrina, contando todas las noches cómo el gigante Cabeza de Hierro cayó por el terrible golpe recibido de manos de Giraldo el de la fuerte espada.

Y nosotros, Ninon, cuando recorramos el campo juntos, buscaremos las mejoranas, preguntándoles en qué flor se halla el hada Amorosa. Tal vez se oculte en este cuento una moraleja; pero yo sólo te lo he contado, hija mía, para hacerte olvidar la lluvia de Diciembre que azota los cristales é inspirarte esta noche un poco más de amor para el pobre narrador del cuento.

¡SANGRE!

¡SANGRE!

I.

Basta de rasgos, basta de flores, basta de perfumes. ¿No estás ya cansada, Ninon, de esta primavera eterna? Siempre amar, siempre cantar los ensueños de los veinte años; ya veo que te duermes durante las veladas, picaruela, cuando te hablo de las coqueterías de la rosa y de las infidelidades de las mariposillas. Cierras tus hermosos ojos vencidos por el aburrimiento y yo agoto mi inspiración sin encontrar un desenlace nuevo.

Hoy, para evitar esa pereza de tus párpados voy á contarte un cuento tan terrible, que no los cerrarás en ocho días. Escucha, pues hasta el terror es dulce después de una sonrisa demasiado larga.

I.

En la noche que siguió á la victoria, cuatro soldados acamparon en uno de los extremos del

desierto campo de batalla. La sombra les envolvía mientras cenaban alegremente en medio de los muertos.

Sentados en la hierba alrededor de una hoguera, asaban tan á la ligera, sobre las carbonizadas ramas, trozos de carnero, que los comían chorreando aún sangre, mientras la luz de las rojizas llamas que les iluminaban vagamente proyectaba á lo lejos sus sombras gigantescas. De cuando en cuando algún rayo de luz hacía brillar las armas tendidas en el suelo, dejando ver en medio de la oscuridad de la noche una porción de hombres dormidos con los ojos abiertos.

Reíanse á carcajadas los soldados, sin notar aquellas miradas fijas sobre ellos, pues como el día había sido rudo é ignoraban lo que la suerte les deparaba para el siguiente, se aturdían con el vino y los víveres, festejando así el momentáneo reposo.

Las grandes alas de la Noche y la Muerte se extendían cobijando el silencio y el terror.

Concluida la cena, Gneuss comenzó á cantar con voz sonora, y sus acentos se perdieron en el espacio tibio y desolado. La canción que brotaba alegre de sus labios, la repetía el eco sollozando. Asombrado el soldado por aquellos acentos desconocidos por él hasta entonces, elevó la voz, cuando de repente un grito terrible salió de la sombra dejándole mudo de estupor.

Gneuss calló, y al cabo de un rato dijo á Elberg:

—Ve á ver qué cadáver se despierta.

Elberg se levantó, cogió un leño encendido y se alejó; pudieron seguirle con la vista algunos instantes á la luz de la antorcha. Después le vieron inclinarse interrogando á los muertos, revolviendo entre las ramas con su sable; por último desapareció.

—Clerian—dijo Gneuss después de una pausa—los lobos rondan por aquí esta noche; busca á nuestro amigo.

Clerian se perdió á su vez entre las tinieblas.

Gneuss y Flem se envolvieron en sus capotes, se echaron al lado de la hoguera medio apagada, cerraron sus ojos, y ya se disponían á dormir tranquilamente, cuando el mismo grito terrible volvió á aterrarles. Flem se levantó silencioso y marchó hacia el sombrío sendero donde se habían internado sus compañeros.

Gneuss, al hallarse solo, tuvo miedo, miedo de aquel negro abismo donde corría el hálito de la muerte, y arrojando en la hoguera más hierbas secas, esperó que la claridad del fuego dispisese su terror; pero la llama enrojecida, iluminando el suelo con un ancho círculo luminoso, haciale ver en su cerebro calenturiento una fantástica danza de plantas silvestres despertando con sus incesantes oscilaciones á los pobres muertos que dormían el sueño eterno.

La luz aterró doblemente al soldado, el cual dispersó las inflamadas ramas pisoteándolas, pero el ver la oscuridad cada vez más densa, se estremeció al pensar en aquel grito de muerte; llamó á sus compañeros, pero el sonido de su voz, exagerado por el eco, le hizo espantarse por si habría llamado sobre él la atención de los cadáveres. Contempló con horror á la luna, que surgiendo tras una nube y enviando sus pálidos rayos sobre el campo de batalla, le iba á dejar ver en toda su espantosa realidad la devastada llanura, sembrada de despojos y de cuerpos sin vida y cubierta por una mortaja de luz. Aquella luz, que no era la del día, disipaba las tinieblas sin atenuar en nada las sombras de tantos horrores mudos.

Gneuss, de pie, inundado de sudor, tuvo la idea de subir á la cumbre de la colina para apagar de un soplo los rayos del astro de la noche. Preguntábase á qué esperaban los muertos para dirigirse á él y rodearle; su inmovilidad se hizo angustiosa para él, y presintiendo algún acontecimiento terrible, cerró los ojos.

De repente sintió un tibio calor en la planta de los pies, se bajó hacia el suelo y vió un estrecho arroyo de sangre que corría bajo ellos; saltando de piedra en piedra y produciendo un suave murmullo, saliendo luego de la sombra y retorciéndose bajo un rayo [de luna, del que huía para volver á entrar en la sombra, parecía] una

serpiente de negras escamas, cuyos anillos se deslizaban y unían sin fin. Gneuss dió un paso atrás sin poder cerrar los ojos, pues una aterradora contracción hacíales permanecer abiertos y fijos sobre la sangrienta ola.

La corriente aumentaba, alargaba su curso, ensanchaba su cauce, convirtiéndose en riachuelo tan lento y manso, que un niño hubiera franqueado sin temor. Pero no cesaba; transformóse en torrente, estrellándose en sordo ruido y cubriendo las orillas de una espuma rojiza. Subía, subía sin cesar; el torrente fué río, río inmenso que arrastraba cadáveres. Era un horrible prodigio que aquella sangre brotara de las heridas en tal abundancia que pudiese arrastrar los muertos. Gneuss seguía retrocediendo sin que sus miradas divisaran ya la otra orilla; el valle se había transformado en lago.

Se halló de repente apoyado contra una rampa de rocas, y allí se detuvo en su fuga; sin poder evitar que las olas chocaran contra sus rodillas, que los muertos arrastrados por la corriente le insultaran al pasar, que cada una de las heridas pareciérale una boca entreabierta por burlona sonrisa para mofarse de su terror. El espeso mar subía, aumentaba hasta su cintura. Al verse perdido hizo un supremo esfuerzo; se agarró á los picos de las rocas; pero las rocas se rompieron y cayó en medio de las olas, que cubrieron sus hombros.

La pálida luna velaba sobre aquel mar, cuyos rayos se desvanecían sin producir reflejos más que en el cielo. La inmensa llanura, cubierta de sombra y de triste clamor, semejaba á la incitante boca de un abismo.

Las olas subían, subían hasta salpicar con su roja espuma los labios de Gneuss.

II.

Al rayar el alba, Elberg, de regreso, despertó á Gneuss, que dormía con la cabeza apoyada en una piedra.

—Amigo—le dijo—me perdí en el bosque, me senté al pie de un árbol, y el sueño me sorprendió allí, desarrollando á mis ojos tan extrañas escenas que ni aun después de despierto puedo olvidarlas.

El mundo se hallaba en su primer infancia; el cielo parecía una inmensa sonrisa; la tierra, virgen aún, se mecía á los rayos de Mayo en toda su casta desnudez; el césped, más elevado que nuestras más altas encinas, reverdecía; los árboles extendían en el aire frondosos follajes desconocidos para nosotros; una abundante savia corría por las venas del mundo, con tal abundancia, que no pudiéndose contener dentro de las plantas, se introducía en los entrañas de las rocas dándoles vida.

Los extensos horizontes eran tranquilos y brillantes; la santa naturaleza se despertaba, y como el niño que se arrodilla al levantarse y da las gracias á Dios, elevaba hacia el cielo todos sus perfumes, todas sus canciones; perfumes penetrantes, canciones inefables que mis sentidos apenas podían soportar; tan divina era su impresión.

La tierra dulce y fecunda daba á luz sin dolor. Los árboles frutales crecían á la ventura; los campos de trigo orlaban los caminos como hoy las ortigas. Las exhalaciones pestilentes del hombre no se habían mezclado aún á las brisas del cielo. Dios sólo trabajaba para los niños.

El hombre, como el pájaro, se mantenía de un alimento providencial; bendiciendo al Supremo Hacedor cogía los frutos de los árboles, bebía el agua de las fuentes y dormía por las noches al abrigo del follaje. Sus labios se horrorizaban de la carne; ignoraban el sabor de la sangre, y no paladeaba otros manjares que aquellos que el sol y el rocío se encargaban de preparar para su comida.

De este modo el hombre permanecía inocente, y su misma inocencia le hacía ser consagrado rey de los demás seres de la creación, en la cual existía un concierto completo. No sé qué blancura inmaculada tenía el mundo, qué paz suprema le mecía en el infinito. El ala de los pájaros no batía para huir; las selvas no necesitaban servir

de asilo á nadie. Todas las criaturas hijas de Dios vivían bajo el sol, formando un solo pueblo, teniendo una sola ley: la bondad.

Yo caminaba entre estos seres, por entre esta naturaleza me sentía más fuerte y más honrado. Mi pecho respiraba á sus anchas el aire del cielo, experimentando al abandonar repentinamente estos vientos tempestuosos por aquellas brisas de un mundo más puro, la sensación deliciosa del minero subiendo al aire libre.

Como el ángel de los sueños seguía velando el mío, voy á decirte lo que vió mi imaginación en medio de un bosque.

Dos hombres seguían un estrecho sendero perdido bajo el follaje. El más joven caminaba delante con la inocencia retratada en su rostro. De su mirada brotaban caricias para cada flor silvestre, para cada pájaro trinador. De cuando en cuando se volvía para sonreír á su compañero, y en aquella sonrisa reconocí el más puro afecto fraternal.

En los labios y en los ojos del otro hombre, mudos y sombríos, brillaba de vez en cuando una mirada de odio para el adolescente, y á cada ráfaga de semejante sentimiento apresuraba su marcha, como queriendo perseguir á una víctima que no huía.

Le ví cortar una gruesa rama de un árbol, á la que dió la forma de una maza; después, temiendo perder de vista á su compañero, corrió

ocultando aquel arma tras sí. El joven se sentó para esperarle, y no bien hubo llegado, le besó en la frente como lo hubiera hecho tras larga ausencia.

Volieron á emprender su marcha cuando comenzaba el crepúsculo, y el niño apresuró el paso al divisar á lo lejos entre los últimos troncos del bosque la silueta de una colina dorada por los últimos reflejos del sol. El hombre sombrío creyó que huía y levantó la gruesa rama del árbol.

El joven se volvió, é iba á pronunciar una palabra para darle ánimo, cuando la maza cayó con fuerza sobre su rostro, salpicándole de sangre.

La ramita de hierba que recibió la primera gota la sacudió con horror sobre la tierra, la cual, al beberla estremecida y aterrada, exhaló un grito de repugnancia, arrojando sobre la arena del sendero el asqueroso brevaie, convertido al punto en roja amapola.

Al grito de la víctima ví á las criaturas dispersarse bajo el viento del terror, huir por el mundo evitando los trillados caminos, y apostar-se en las encrucijadas para atacar en ellas los más fuertes á los más débiles. Les ví en su aislamiento medir sus fuerzas y afilar sus garras; entonces comenzó el gran brigandaje de la creación.

Entonces pasó ante mis ojos la eterna huida; el aguilucho cayó sobre la golondrina, la golondrina devoró al mosquito en su vuelo; el mosqui-

to se posó sobre el cadáver. Desde el gusano hasta el león, todos los seres sintieronse amenazados; el mundo, semejante á algunas fieras, se devoró eternamente.

La misma naturaleza llena de horror sufrió una larga convulsión; las líneas puras de los horizontes se rasgaron; las auroras y las puestas del sol se cubrieron de rojas nubes; las aguas se precipitaron con eternos sollozos, y los árboles, inclinando sus ramas, arrojaron cada año sobre la tierra sus marchitas hojas.

III.

Al terminar Elberg su relación, apareció Cle-
rian, se sentó entre sus compañeros y dijo:

—Ignoro si he visto ó si he soñado lo que voy á contaros; de tal modo el sueño tenía asomos de realidad, ó la realidad se vestía con los atavíos del sueño.

Me hallaba en un camino que atravesaba el mundo, salpicado de ciudades, entre las cuales los hombres viajaban constantemente.

En las negras lindes del camino, se deslizaron mis piés, y al detenerme á examinar la causa, los hallé tintos en sangre. Formaban las dos mitades del camino dos pendientes cuyo fondo formaba en el centro un arroyo por el cual corría

un agua roja y espesa. Marché por el sendero donde se apiñaba la muchedumbre, dejando atrás grupos y grupos llenos de vida.

En unos, los padres inmolaban á sus hijas prometiendo su sangre á algún dios monstruoso; las rubias cabezas se inclinaban bajo el cuchillo, palideciendo ante el beso de la muerte.

En otros, castas virgenes temblorosas y altivas luchaban para desasirse de vergonzosos abrazos hasta que la fatiga las hacía caer en su tumba, que servía de mortaja á su virginidad. Más allá, jóvenes amantes morían bajo ardientes besos. Alguna mujer llorando su abandono espiraba al borde del arroyo, fijando su mirada en las olas que arrastraban su corazón; otra, asesinada entre los brazos de su amante, se enlazaba á su cuello para ser transportada con él en un eterno abrazo.

Al otro lado, hombres cansados de oscuridad y miseria enviaban sus almas á otro mundo mejor, en busca de una libertad no hallada sobre la tierra.

Por todas partes las plantas de los reyes dejaban impresas sus sangrientas huellas; uno comerció con la sangre de su hermano, otro con la sangre de su pueblo, otro con la sangre de Dios. Sus rojas huellas impresas sobre el polvo del camino hacían decir á la multitud: un rey ha pasado por aquí.

Los sacerdotes ahogaban á sus víctimas, pre-

tendiendo leer, estúpidamente sobre sus palpitantes entrañas, los secretos del cielo. Ceñían espaldas sobre sus largas túnicas, y predicaban la guerra en nombre de su dios, arrojando á los pueblos unos contra otros, á fin de que se devoraran para la glorificación del padre común.

La ebria humanidad construía murallas y se revolcaba sobre las losas salpicadas de un asqueroso lodo. Con los ojos cerrados sostenía en su mano un cuchillo de dos filos y golpeaba á diestro y siniestro en la oscuridad, asesinando sin compasión.

Un hedor húmedo de carne humana pasaba sobre la muchedumbre, perdiéndose á lo lejos en una niebla rojiza que corría impulsada por el terror, se ensayaba en las orgías y pisoteaba á los que caían, haciendo brotar de las heridas su última gota de sangre, maldiciendo por último al cadáver cuando ya no podía hacerle exhalar una queja.

Bebía la tierra ávidamente, y sus entrañas no se estremecieron ya de repugnancia por el acre licor. A semejanza del ser envilecido por la borrachera, apuraba las heces del vicio.

Apresuré el paso por perder de vista á mis hermanos. El negro camino se extendía siempre más vasto á cada nuevo horizonte; el arroyo arrastraba sin duda las sangrientas olas hasta algún mar desconocido.

La naturaleza convirtiéndose en severa y som-

bria; el seno de las llanuras se desgarró profundamente; las estériles colinas crecieron; los valles ahondaron más y más; la piedra se hizo montaña, la grieta se convirtió en abismo.

Ni una hoja, ni un insecto; solo se veían rocas desoladas, con los vértices pálidos por los rayos del sol y las bases tenebrosas en la sombra. El camino cruzaba entre aquellas rocas con un silencio mortal.

Al volver un recodo me hallé en un sitio fúnebre.

Cuatro montañas, al apoyarse confusamente, dejaban entre si un inmenso lago. Sus picos, elevándose á semejanza de las murallas de una ciudad ciclópea, formaban el brocal de aquel pozo gigantesco.

Aquel pozo, donde moría el arroyo, estaba lleno de sangre. El mar denso y tranquilo que dormía entre su lecho de rocas, subió lentamente del abismo, imprimiendo al cielo los reflejos de una nube de púrpura.

Entonces comprendí que allí se reunía toda la sangre vertida violentamente, y que desde el primer homicidio cada herida vertió sus lágrimas en aquel abismo, corriendo en tal abundancia, que pronto se llenó.

—Sí, yo he visto esta noche—dijo Gneuss—un torrente que iba á precipitarse en ese lago maldito.

—Loco de horror replicó Clerian—me apro-

ximé á su orilla para sondear con la mirada la profundidad de sus aguas, y en su sordo ruido comprendí que se hundían hasta el fondo de la tierra. Elevé mi vista sobre las rocas de aquel circuito, y vi que las olas ganaban las cimas. La voz del abismo me gritó: «Las olas que suben subirán siempre, anegarán las cumbres, y entonces una corriente escapada del terrible pozo se precipitará por las llanuras; las montañas, cansadas de luchar, vendrán á tierra; el lago entero se desbordará por el mundo y le inundará. Los hombres que nazcan morirán ahogados en la sangre vertida por sus padres.

El día está próximo — dijo Gneuss — porque las aguas estaban muy altas la noche última.

VI

El sol se levantaba en el horizonte cuando Clerian acabó el relato de su sueño. El viento del Norte trajo á sus oídos un toque de corneta; era la señal de llamada para reunir al lado de la bandera á los soldados esparcidos por el valle.

Los tres compañeros se levantaron y cogieron sus armas. Ya se disponían á marchar, arrojando sobre la extinguida hoguera una última mirada, cuando vieron á Clem venir corriendo hacia ellos con los zapatos cubiertos de polvo.

—Amigos míos—exclamó,—como he corrido, tanto, no sé de dónde vengo. Durante largas horas he visto huir delante de mí la copa desmeledada de los árboles, mientras el ruido de mis pasos adormeciéndome me ha hecho cerrar los párpados; corriendo siempre sin que mi marcha se detuviese, he dormido con un sueño extraño.

Me encontraba sobre una colina desolada, donde un sol ardiente quemaba las enormes rocas. Mis pies no podían posarse en parte alguna sin que la piel se abrasase; tenía ansia de ganar la cumbre.

Y como yo apresurase mis saltos, vi á un hombre que subía lentamente. Iba coronado de espigas; un pesado fardo agobiaba sus hombros; un sudor de sangre inundaba su cara; caminaba penosamente, tambaleándose á cada paso.

El sol quemaba; no pude resistir su suplicio; subí á esperarle bajo un árbol en la cúspide de la colina. Entonces me apercibí de que llevaba una cruz. Por su corona, por su traje de púrpura salpicado de lodo, comprendí que era un rey, y me gocé en su sufrimiento.

Varios soldados le seguían empujándole con los hierros de sus lanzas, y una vez llegados sobre la roca más elevada, le despojaron de sus vestiduras para tenderle sobre el árbol siniestro.

El hombre sonreía tristemente, alargando sus manos á los verdugos, las cuales clavaron, haciendo en ellas dos sangrientos agujeros. Cruzó

sus piés uno sobre otro para que un solo clavo bastase á sujetarlos.

Echado sobre el dorso se consolaba mirando al cielo. Dos lágrimas corrían lentamente por sus mejillas; lágrimas que no sentía y se perdieron en la sonrisa resignada de sus labios.

Enderezaron la cruz; el peso del cuerpo desgarró horriblemente las heridas; oí crujir sus huesos. El crucificado tuvo un largo escalofrío, despues se puso á mirar al cielo.

Yo le contemplaba, y viendo su grandeza en la muerte, dije: «Este hombre no es un rey.» Tuve entonces piedad y grité á los soldados para enternecer su corazón.

Una golondrina piaba sobre la cruz. Su canto era triste y sonaba en mis oídos como la voz de una virgen llorando.

—«La sangre colora la llama—dijo el pajarillo—la sangre purpuriza la flor, la sangre enrojece la nube. Me he posado sobre la arena, y mis patitas estaban manchadas de sangre; he revoloteado por las ramas de la encina, y mis alas estaban rojas.

»Encontré un justo, le seguí al regresar de bañarme en la corriente del arroyo; mi ropaje era puro, mi canto decía: Regocijaos, plumas mías, sobre el hombro de ese hombre no os mancharéis con la lluvia del crimen.

»Hoy dice mi canto: Lloro, golondrina del Gólgota, llora tu traje salpicado por la sangre de

aquel que te guardaba un asilo en su seno. Vino para devolver la blancura á las golondrinas, pero ¡ay de mí! los hombres le obligan á regarme con el rocío de sus llagas.

»Dudo; lloro mi manchado traje. ¿Dónde hallaré ¡oh Jesús! un hermano tuyo para que me abra su túnica? ¡Ah pobre Maestro! ¿qué hijo tuyo lavará mis plumas que enrojece con tu sangre?»

El Crucificado escuchaba á la avecilla, mientras el hálito de la muerte hacía estremecer sus párpados y la agonía entreabría sus labios. Dirigió una mirada de dulce reproche á la golondrina, y brilló en su boca una sonrisa serena como la esperanza.

Después lanzó un grito, inclinó su cabeza sobre el pecho, y la avecilla huyó ahogando sus sollozos. El cielo se cubrió de negras nubes, la tierra osciló en la sombra.

No detuve mi carrera; llegó la aurora; los valles se despertaron risueños entre la bruma de la mañana; la tempestad de la noche había dado más serenidad al cielo, más vigor á las débiles hojas; pero el sendero se hallaba sembrado de las mil espinas que me desgarraban la vispera; los mismos guijarros agudos y cortantes rodaban bajo el césped amenazándome al pasar. La sangre del justo corrió por las venas del viejo mudo sin devolverle la inocencia de su juventud.

La golondrina cruzó sobre mi cabeza gritando:
—Sigue tu marcha sin hacer caso de mi triste-

za. Ya no puedo hallar un agua bastante pura donde bañarme, miro la tierra tan malvada como ayer. Jesús ha muerto y la hierba no ha florecido; su muerte ha sido tan sólo un asesinato más.

V.

La corneta continuaba siempre tocando llamada.

—Hermanos—dijo Gneuss—nuestro oficio es bien desagradable, nuestro sueño se ve turbado por los fantasmas de los que matamos sin piedad. Yo, como vosotros, he sentido durante largas horas al demonio de la pesadilla oprimir mi pecho. Hace ya treinta años que mato por oficio; tengo necesidad de un sueño tranquilo. Escuchad, hijos míos; conozco un valle sin labrar por falta de braceros; queréis que probemos el pan del trabajo?

—Queremos.

Entonces los soldados cavaron una honda fosa al pie de la roca, donde enterraron sus relucientes armas, bañaron sus cuerpos en el río, y después los cuatro, cogidos del brazo, desaparecieron tras un recodo del sendero.

LOS LADRONES Y EL ASNO